

Rosa Parks

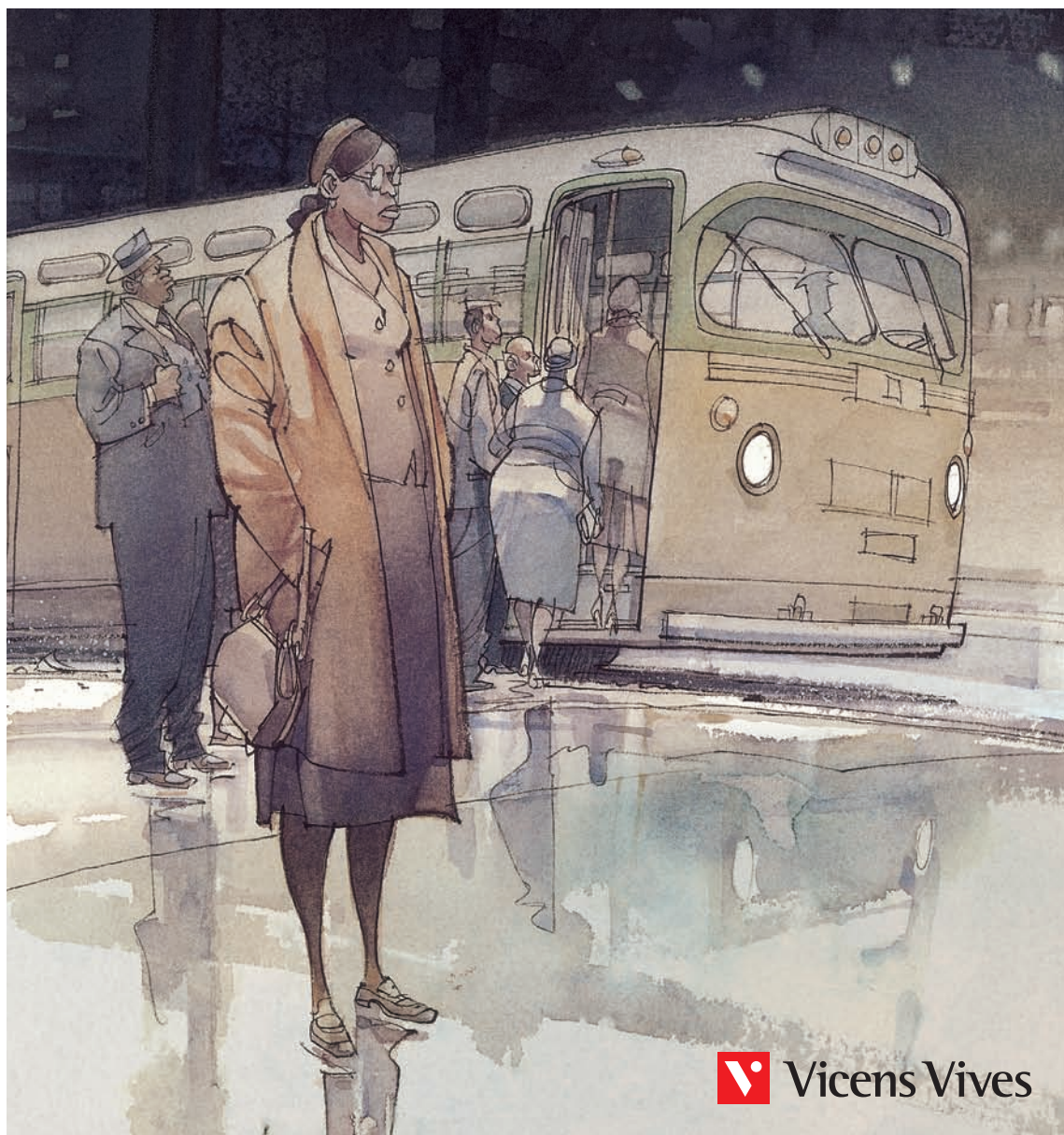
La lucha contra el racismo

Paola Capriolo

Apéndice de Gloria García Orellana

Ilustraciones de Tha

CUCAÑA
BIOGRAFÍAS



Primera edición, 2013

Depósito Legal: B. 1.484-2013

ISBN: 978-84-682-0684-4

Núm. de Orden V.V.: DC69

Título original: *Nò*, de Paola Capriolo

© 2010 EDIZIONI, S.r.l.

Sobre la versión original.

© ELENA DEL AMO

Sobre la traducción.

© GLORIA GARCÍA ORELLANA

Sobre las actividades y el apéndice

«La lucha contra el racismo».

© AUGUST THARRATS, “THA”

Sobre las ilustraciones al texto literario.

© VICENS VIVES PRIMARIA, S.A.

Sobre la presente edición según el art. 8 del Real Decreto Legislativo 1/1996.

Este libro ha sido publicado por mediación de Ute Körner Literary Agent, S.L.,

Barcelona-www.uklitag.com.

Obra protegida por el RDL 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y por la LEY 23/2006, de 7 de julio. Los infractores de los derechos reconocidos a favor del titular o beneficiarios del © podrán ser demandados de acuerdo con los artículos 138 a 141 de dicha Ley y podrán ser sancionados con las penas señaladas en los artículos 270, 271 y 272 del Código Penal. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, incluidos los sistemas electrónicos de almacenaje, de reproducción, así como el tratamiento informático. Reservado a favor del

Editor el derecho de préstamo público, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso de este ejemplar.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN.

Paola Capriolo

Rosa Parks

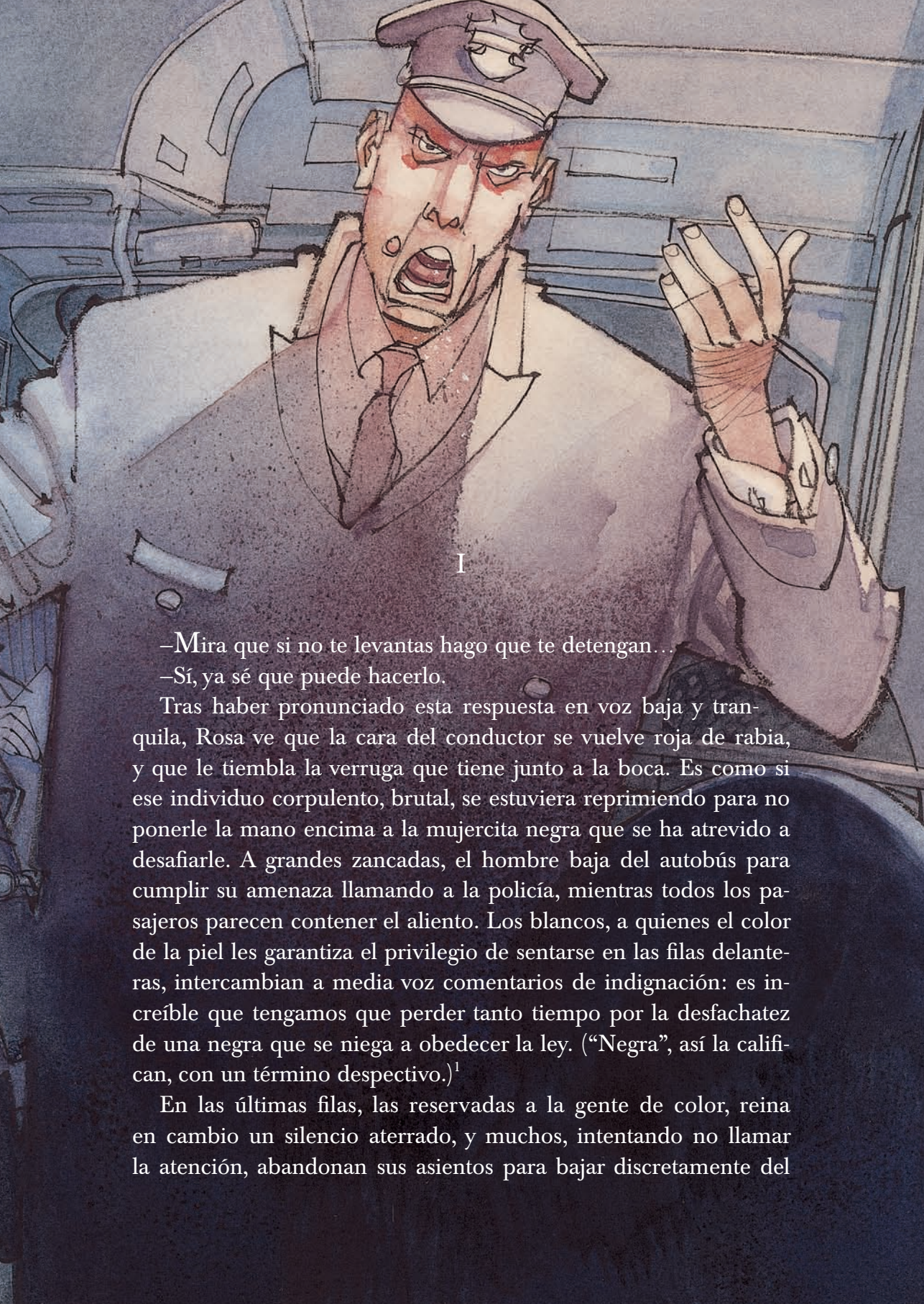
La lucha contra el racismo

Ilustraciones de Tha



Vicens Vives





I

—Mira que si no te levantas hago que te detengan...

—Sí, ya sé que puede hacerlo.

Tras haber pronunciado esta respuesta en voz baja y tranquila, Rosa ve que la cara del conductor se vuelve roja de rabia, y que le tiembla la verruga que tiene junto a la boca. Es como si ese individuo corpulento, brutal, se estuviera reprimiendo para no ponerle la mano encima a la mujercita negra que se ha atrevido a desafiarle. A grandes zancadas, el hombre baja del autobús para cumplir su amenaza llamando a la policía, mientras todos los pasajeros parecen contener el aliento. Los blancos, a quienes el color de la piel les garantiza el privilegio de sentarse en las filas delanteras, intercambian a media voz comentarios de indignación: es increíble que tengamos que perder tanto tiempo por la desfachatez de una negra que se niega a obedecer la ley. (“Negra”, así la califican, con un término despectivo.)¹

En las últimas filas, las reservadas a la gente de color, reina en cambio un silencio aterrado, y muchos, intentando no llamar la atención, abandonan sus asientos para bajar discretamente del

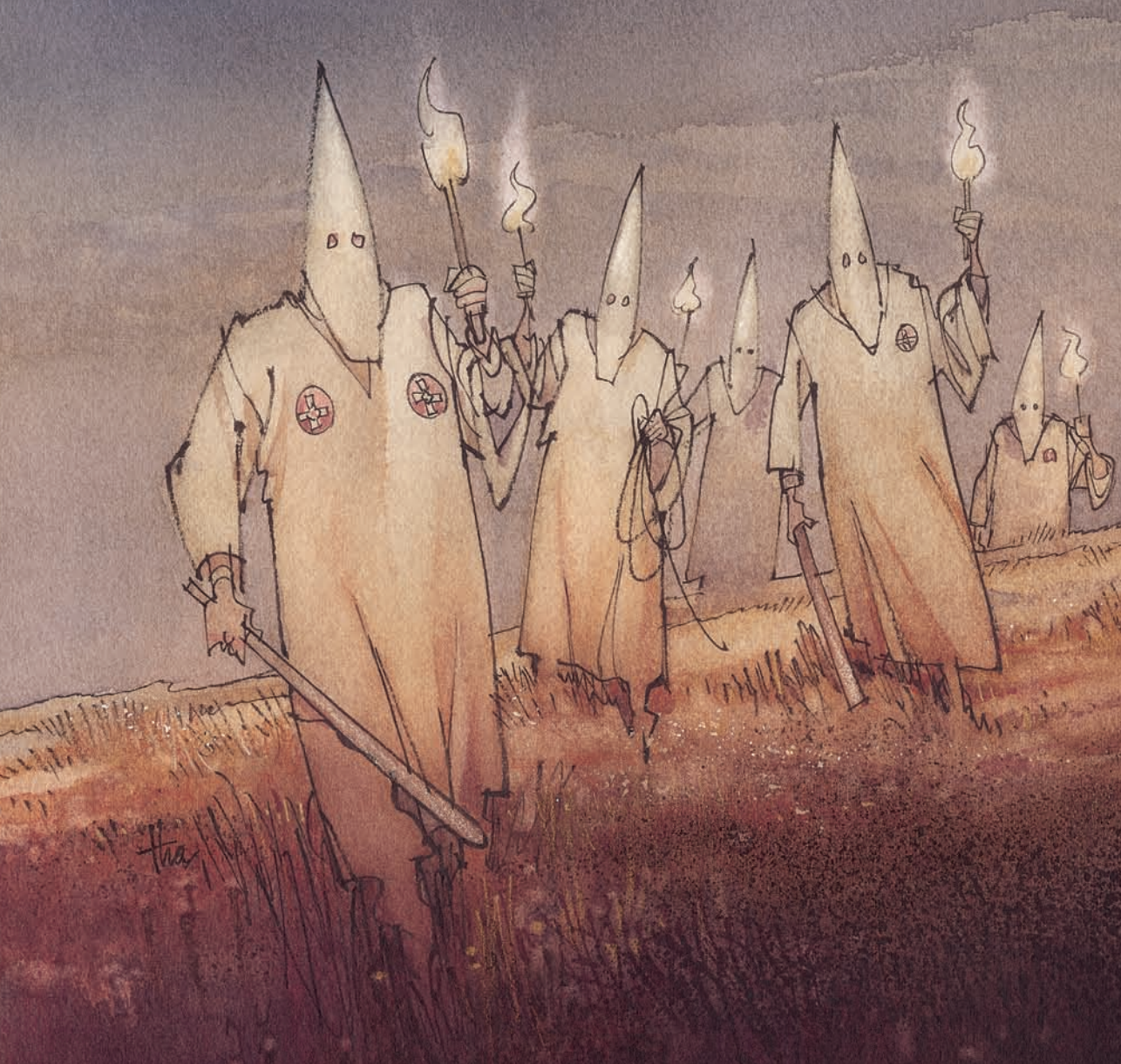
autobús. Rosa los sigue con la mirada, pero no quiere condenarlos porque eviten implicarse, por su miedo ancestral,* tan profundamente arraigado en quienes descienden de varias generaciones de esclavos. ¿Acaso no siente, también ella, ese miedo? No, en realidad no lo siente en absoluto, y eso casi la sorprende. En cambio, desde que se ha opuesto con una firme e inalterable negativa a la pretensión del conductor, siente que ha emprendido un camino necesario, del que ya no podrá apartarla nadie en el mundo. Siente que tiene razón, que ha proclamado de una vez por todas la dignidad personal, el orgullo, el derecho a ser respetado por los demás, y no solo en su propio nombre, sino en nombre de todos esos temerosos hermanos suyos que tanta prisa se están dando en abandonarla a su suerte.

Sí, un camino necesario... Mientras espera tranquilamente en su asiento mirando a través de la ventanilla, Rosa vuelve a evocar ciertas noches de su infancia en Pine Level (Alabama), cuando en lugar de ir a la cama se quedaba sentada junto al fuego hasta



el amanecer en compañía de su abuelo. Entonces tenía seis años. Muy lejos de allí, en un continente llamado Europa, los soldados americanos acababan de luchar en la Primera Guerra Mundial, y habían vencido, así que estaban volviendo a casa.² Volvían los blancos, pero también muchísimos jóvenes de color que habían arriesgado su vida por su país, igual que los blancos, y que ahora pretendían ser tratados con la misma dignidad que los blancos, y disfrutar de sus mismos derechos. Pero en el sur de Estados Unidos una petición así seguía sonando como la peor de las blasfemias.* Aunque desde los tiempos del presidente Abraham Lincoln los negros ya no eran esclavos,³ estaban sujetos a las absurdas leyes de la “segregación”: no podían frecuentar los mismos locales públicos que los blancos, estudiar en los mismos colegios, curarse en los mismos hospitales, ni beber en las mismas fuentes. En algunos autobuses de línea que prestaban servicio de una ciudad a otra, no se les permitía subir a bordo, ni siquiera para sentarse en las filas del fondo; debían instalarse sobre el tejado del vehículo, entre el equipaje de los viajeros, fuese invierno o verano, bajo el sol o bajo la lluvia.

Pero los muchachos que volvían de la guerra ya no parecían dispuestos a tolerar tal situación. Tras vestir el uniforme “se les habían subido los humos a la cabeza”, se habían vuelto *sassy* (‘impertinentes’), adjetivo que los blancos del sur aplicaban a las personas de color en cuanto estas hacían ademán de rebelarse contra los abusos a los que eran sometidas. Y la impertinencia, en esa zona, podía ser castigada con enorme severidad, sobre todo si el castigo lo ejecutaba el tristemente famoso Ku Klux Klan, una asociación secreta de racistas (secreta es un decir, porque en Alabama formaban parte de tal asociación, y con mucho orgullo, casi todos los políticos verdaderamente poderosos, tanto republicanos como demócratas)⁴ cuyos principios no se distinguían en casi nada de los que un tal Adolf Hitler propugnaría en Alemania unos años después. Los señores del Klan no soportaban ver a esos “negros asquerosos” pavoneándose* con el uniforme del ejército americano, y sobre todo no podían soportar la idea de que también allí, en los estados del sur, las cosas pudiesen cambiar, hasta el punto de que los blan-



cos perdieran su posición de predominio absoluto. Así que desataron una oleada de violencia salvaje contra la gente de color, en la que hubo incendios, se propinaron palizas, se produjeron masacres y no se respetaron ni siquiera las iglesias de los negros, porque,



según su versión personal del cristianismo, no todos los hombres, sino tan solo los de pura raza blanca, habían sido creados a imagen y semejanza de Dios, así que consideraban poco menos que un sacrilegio* que los demás se arrogaran el derecho de rezar.

Viendo lo que estaba pasando, la población de color se sintió comprensiblemente aterrorizada, aunque solo algunos pensaron en defenderse. Uno de ellos fue, precisamente, el abuelo materno de Rosa, que, por las noches, dormía junto al fuego en su mecedora con el fusil cargado al alcance de la mano.

–Yo no quiero líos –decía–, pero voy a defender mi casa. Si los hombres del Klan se meten aquí, no sé cuánto tiempo podré resistir, pero hay algo seguro: al primero que cruce el umbral le pegaré un tiro.

Y la pequeña Rosa se sentaba en el suelo al lado del abuelo, sin cerrar los ojos para no dejarse sorprender por el sueño. «Pase lo que pase», pensaba, «quiero verlo. Quiero ver al abuelo disparar con el fusil, si se ve obligado a ello».

Fue él, Sylvester Edwards, el primero que le enseñó a Rosa que no debía tolerar que nadie la maltratase. Era de sangre mixta,⁵ y por su aspecto habría podido pasar por un blanco, algo que a veces aprovechaba para burlarse de la mentalidad racista propia del sur. Por ejemplo, solía presentarse a los blancos que no lo conocían tendiéndoles la mano, que ellos estrechaban sin vacilación, para luego horrorizarse cuando se enteraban de que habían intercambiado semejante saludo con un “negro”. Y por si eso fuera poco, se presentaba siempre con su apellido, nunca con el sencillo nombre de pila que los blancos esperaban de quienes en otro tiempo habían sido sus esclavos, con lo que no existía la posibilidad de llamarlos “Mister” o “Miss”, que era el tratamiento debido a los blancos. Aunque parezca increíble, Edwards se consideraba su igual, una convicción profunda que sus descendientes habían heredado de él. Quizá a través de la sangre y, sobre todo, a través del ejemplo y la educación.

Para Rosa, en todo caso, fue muy importante crecer al lado de su abuelo. Nacida el 4 de febrero de 1913, era hija de James McCauley, carpintero, y de Leona Edwards, maestra de escuela, y con solo dos años ya había visto resquebrajarse la unión de sus padres. Empujado por la necesidad de encontrar trabajo, y por cierta aversión* innata a echar raíces en un lugar determinado, su padre

se trasladaba continuamente, mientras que a la madre se le hacía cuesta arriba eso de llevar una vida errante.* Al final, el padre se marchó a probar fortuna, dejando a su mujer y a sus dos hijos, Rosa y el pequeño Sylvester, en la casa de los abuelos en Pine Level. Regresó solo una vez, cuando Rosa tenía cinco años y su hermano tres, y luego ya no se le volvió a ver hasta que ella fue una mujer adulta y casada.

Por lo tanto, no es extraño que ahora, durante estos interminables minutos de espera a bordo del autobús, el pensamiento de Rosa se dirija en primer lugar al abuelo Edwards, la única verdadera figura paterna de su infancia. Con todo, de los días vividos en Pine Level, no recuerda solamente la lección de orgullo y dignidad que aprendía a diario en casa. También recuerda, quizá sobre todo, las pequeñas y grandes injusticias con las que se topaba todos los días en cuanto se aventuraba fuera de aquellas paredes.

Iba a la escuela, por supuesto, como todos los niños, pero la escuela de los negros no era igual que la escuela de los blancos. Esta última era un precioso edificio de ladrillo construido con dinero público (o sea, gracias a los impuestos pagados por todos, blancos y negros), que se calentaba durante el invierno a expensas del municipio, mientras los negros, si querían dar una enseñanza a sus hijos, tenían que construirse la escuela ellos mismos, y eran los propios niños los que se encargaban de calentarla lo mejor que podían cortando leña en los bosques. En la escuela de los blancos cada grupo de niños tenía su propia aula, mientras que la escuela de los negros estaba constituida por una sola estancia. En la escuela de los blancos, las ventanas estaban cerradas con cristales; en la de los negros, con simples postigos* de madera, que dejaban pasar todas las corrientes de aire que uno pueda imaginar. Los niños blancos disponían todas las mañanas de un autobús escolar, desde cuyas ventanillas solían divertirse lanzando desperdicios de todo tipo contra los niños negros que tenían que caminar a pie para llegar a su casucha. Y si el curso escolar, para los primeros, duraba nueve meses, para los segundos se reducía a cinco, para que los ni-

ños de piel oscura pudieran dedicarse sin distracciones superfluas a aquello que, incluso después de la abolición de la esclavitud, siguió siendo la obligación “natural” de la gente de color de todas las edades: plantar el algodón en primavera y recogerlo en otoño en las grandes plantaciones de las que, por supuesto, eran dueños los blancos.

Rosa nunca olvidará aquellas jornadas en las que, con los demás niños, tenía que trabajar no cuatro horas, o seis, u ocho, sino, pura y llanamente, como suele decirse, “de sol a sol”, o sea desde que salían las primeras luces del alba hasta el momento en que estaba demasiado oscuro para continuar. El sol, con el transcurso de las horas, envolvía la plantación en un bochorno incandescente, la tierra ardía bajo los pies descalzos o los zapatos demasiado ligeros (porque allí nadie, salvo el capataz, que era blanco, poseía un calzado adecuado) y a menudo los niños, como ya no podían caminar por culpa de las ampollas, tenían que abrirse paso entre las plantas



de algodón arrastrándose de rodillas, y si por casualidad sangraban y manchaban la preciosa blancura de la cosecha, el amo mandaba que les dieran unos buenos azotes: así estarían más atentos la próxima vez.

Se trataba, sin duda, de una mala manera de crecer, sobre todo para una niña como Rosa, que era delicada y enfermiza, y padecía una amigdalitis crónica. A menudo tenía que guardar cama durante días enteros, y cada vez que tragaba sentía un dolor horrible. Pero es posible que esos periodos de inmovilidad forzosa contribuyeran a desarrollar su carácter reflexivo. La pequeña Rosa se hacía muchas preguntas: por ejemplo, cuando en la iglesia oía predicar que todos los hombres son hijos de Dios, pertenezcan al pueblo al que pertenezcan, solía preguntarse cómo se conciliaba esa idea de fraternidad con el tristemente famoso “Jim Crow”, es decir, con el sistema de segregación racial que estaba en vigor en los estados del sur;⁶ y cuando su madre le explicaba que el lema del estado de





Alabama era “Atrevámonos a defender nuestros derechos”, por un rincón de su mente asomaba la sospecha de que aquel orgulloso propósito debía valer no solamente para los blancos, sino también para los negros.

En todo caso, Rosa había sustentado ese propósito desde niña, instintivamente. Tenía diez años cuando un incauto chiquillo blanco la amenazó con el puño en alto, y Rosa, en vez de echar a correr, agarró un ladrillo y desafió al niño a que le pegase si tenía valor. El chiquillo pensó que era mejor no aceptar el desafío. Luego, en casa, la abuela la regañó. Rosa tenía que aprender de una vez por todas que los blancos son blancos, y que, para evitar problemas, había que soportar sus ofensas sin replicar. Pero Rosa se negó a aprender esa lección de resignación. Unos años después, en Montgomery⁷ cuando otro altivo muchacho blanco pasó a su lado patinando e intentó empujarla y tirarla de la acera, se volvió y fue



ella quien le dio un empujón a él. La madre del niño, que estaba cerca, se puso hecha una furia:

—¿Cómo te atreves a empujar a mi hijo? ¿Es que no sabes que por una cosa así puedo hacer que te encarcelen y que se deshagan para siempre de la llave de tu celda?

A lo que Rosa respondió sin pestañear:

—Ha sido él el que me ha empujado a mí, y no podía permitírse-lo, porque yo no le había hecho nada.

En otra ocasión, caminaba por la orilla de un arroyo con su hermanito Sylvester, al que quería muchísimo y al que siempre trataba de proteger con un celo casi maternal. Los dos iban andando tranquilamente, recogiendo leña para el hogar, cuando un grupo de niños blancos de diez años empezó a perseguirlos y a amenazarlos con arrojar “al negro”, o sea a Sylvester, al río. Entonces Rosa intervino:

–Vosotros no vais a tirar al agua a nadie. Atreveos, y acabaremos todos en el río.

Y de nuevo los arrogantes señoritos de raza blanca tuvieron que rendirse ante la tranquila firmeza de aquella niña menudita, que descendía de varias generaciones de esclavos, pero que se atrevía a defender, sencillamente, sus propios derechos y los de sus seres queridos.

¿Sencillamente? No, no era tan sencillo. Se trataba de huir de una mentalidad arraigada tanto en los blancos como entre la propia gente de color, que había acabado por considerar la vejación,* la desigualdad, como una especie de ley natural, ante la cual parecía absurdo rebelarse, tan absurdo como pretender que la lluvia cayera de abajo arriba o que el sol cambiara de dirección en su trayectoria diaria. Sin embargo, Rosa, sin saberlo, debía de estar recorriendo ya en aquellos momentos el camino que la conduciría el 1 de diciembre de 1955 justamente aquí, a este autobús situado en la avenida Cleveland de Montgomery (hoy Rosa Parks Boulevard), donde ahora mismo aguarda la llegada de la policía.



ACTIVIDADES





ROSA PARKS

La toma de conciencia de Rosa Parks

Rosa Parks vivió el episodio crucial de su vida el 1 de diciembre de 1955, cuando, durante un viaje en autobús, se negó a abandonar un asiento que, de acuerdo con la ley, debía ceder a un blanco. No es de extrañar, por tanto, que Paola Capriolo haya elegido ese momento como punto de partida de su biografía de Rosa Parks. Ahora bien, tras relatar brevemente el episodio, Capriolo inaugura un largo *flash-back* que comprende los **capítulos I a VI**, y que nos da a conocer los hechos previos de la vida de Rosa, así como el contexto social y legislativo en que se desarrollaba el día a día de los afroamericanos a la altura de 1955.

- a** ¿Qué dictaban las leyes segregacionistas y por qué podemos calificarlas de antidemocráticas? (pp. 7, 18 y 26-27) En el ámbito de la educación, ¿qué diferencias existían entre las escuelas de los negros y las de los blancos? (p. 13) ¿Cómo dificultaban las leyes el derecho de los negros a votar? (pp. 30-31)

La actitud de Rosa Parks en el autobús se explica por la confluencia de tres causas: su sentido innato de la justicia, su conocimiento exhaustivo de las discriminaciones sufridas por los negros y el ejemplo vital de algunas personas de su entorno.

- b** Durante su infancia, ¿qué valiosa lección aprendió Rosa de su abuelo, Sylvester Edwards, y de su profesora Alice White? (pp. 10 y 17-18)
- c** A través de su noviazgo y posterior matrimonio con Raymond Parks, Rosa entró



en contacto con la NAACP. ¿A qué se dedicaba esta famosa asociación? (p. 22) ¿Qué tareas realizaba Rosa en la NAACP, y cómo influyó su trabajo en su conocimiento de la discriminación continuada que sufrían los afroamericanos? (pp. 31-32)

d La actitud antisegregacionista de Rosa se vio reforzada por la historia personal de su hermano, Sylvester McCauley. ¿Por qué? (pp. 33-36)

e Una de las personas que más ayudó a Rosa fue una mujer blanca llamada Virginia Durr. En cierta ocasión, Virginia la invitó a asistir a un seminario en la Highlander Folk School. Para Rosa, ¿por qué fue tan estimulante e inspiradora esa experiencia? (p. 45)



Podemos decir que los dos grandes aliados de las llamadas “leyes de Jim Crow” fueron el racismo, alentado por grupos violentos como el Ku Klux Klan, y el temor y el inmovilismo social de los propios negros.

f ¿Cómo castigaba el Ku Klux Klan a quienes manifestaban su disgusto con las leyes segregacionistas? (pp. 8-9) Simultáneamente, ¿qué actitud adoptaba la mayor parte de los afroamericanos frente al “Jim Crow”? (pp. 16 y 48) De hecho, ¿cómo reaccionaron los negros que viajaban en el mismo autobús que Rosa las dos veces en que la costurera se rebeló contra la segregación? (pp. 5-6 y 28)

El 17 de mayo de 1954, el Tribunal Supremo se pronunció sobre la causa «Brown contra el Ministerio de Instrucción Pública». Fue un día feliz para Rosa.

g ¿Qué dictaminó el Tribunal y qué les exigió, en consecuencia, a las autoridades del sur? (p. 39) Hacia las mismas fechas, ¿qué había dispuesto el concejo municipal de la ciudad de Baton Rouge? (p. 47) No obstante, ¿por qué lo acaecido en Baton Rouge podía considerarse un fracaso para los afroamericanos?

En los meses previos al episodio crucial del autobús, se produjeron dos sucesos que conmocionaron a Rosa Parks y que, de algún modo, fortalecieron su afán de luchar por los derechos civiles.



HISTORIA DE LOS AFROAMERICANOS

La lucha contra el racismo



Historia de los afroamericanos

De África a América

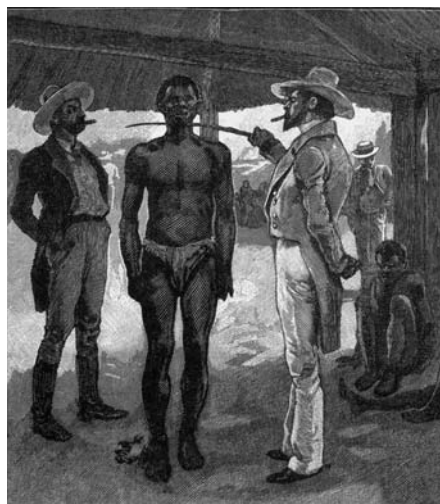
Crecí como la maleza, ignorante de la libertad, sin experiencia alguna de ella.

Harriet Tubman



El 12 de octubre de 1492, Cristóbal Colón, enigmático navegante ansioso de gloria, desembarcó en América por vez primera cuando ya apenas le quedaban provisiones y su tripulación estaba a punto de amotinarse. En ese mismo momento, empezaba la colonización europea del Nuevo Mundo. Durante los años y los siglos siguientes, aventureros de España, Portugal, Inglaterra, Holanda y Francia se adentraron en el continente americano a fin de descubrir nuevas tierras, conquistarlas y explotar sus materias primas. Pero, para extraer el oro de las minas, cultivar el algodón o recolectar la caña de azúcar, se necesitaba abundante mano de obra. En un primer momento, los colonizadores recurrieron a sirvientes blancos traídos de Europa y a indígenas del Nuevo Mundo, pero ambas soluciones fracasaron, pues la población europea era escasa y los nativos americanos no estaban habituados al trabajo extenuante al que fueron sometidos. Así las cosas, los colonizadores decidieron buscar mano de obra en otra parte, y fue entonces cuando pusieron sus ojos en África. Los esclavos negros parecían los obreros idóneos, pues estaban acostumbrados a la disciplina, resistían relativamente bien las enfermedades tropicales y, sobre todo, eran muy numerosos.

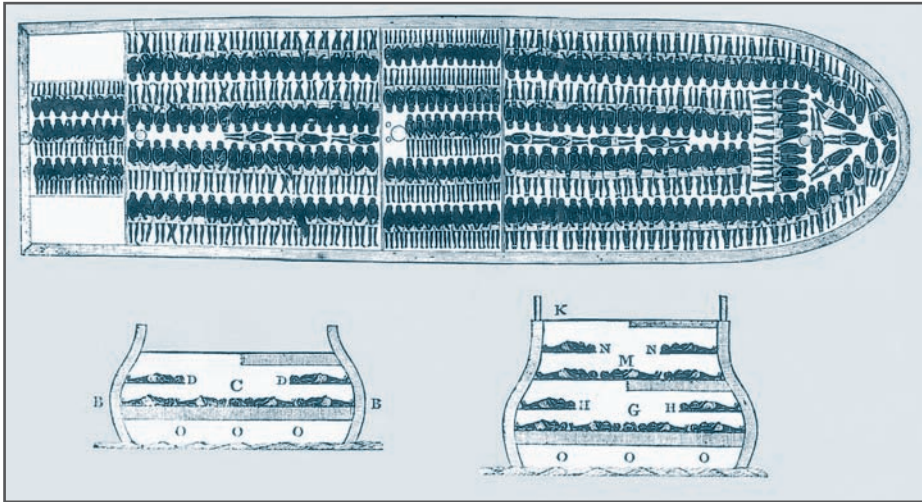




Los europeos rara vez hacían incursiones en territorio africano para capturar personas y someterlas a la esclavitud. Eran tribus belicosas como los Ashanti, llevadas por el ansia de riquezas, las que apresaban a negros de otras etnias para venderlos como esclavos. En el grabado de la derecha, un desaprensivo europeo examina la “mercancía” antes de comprarla.

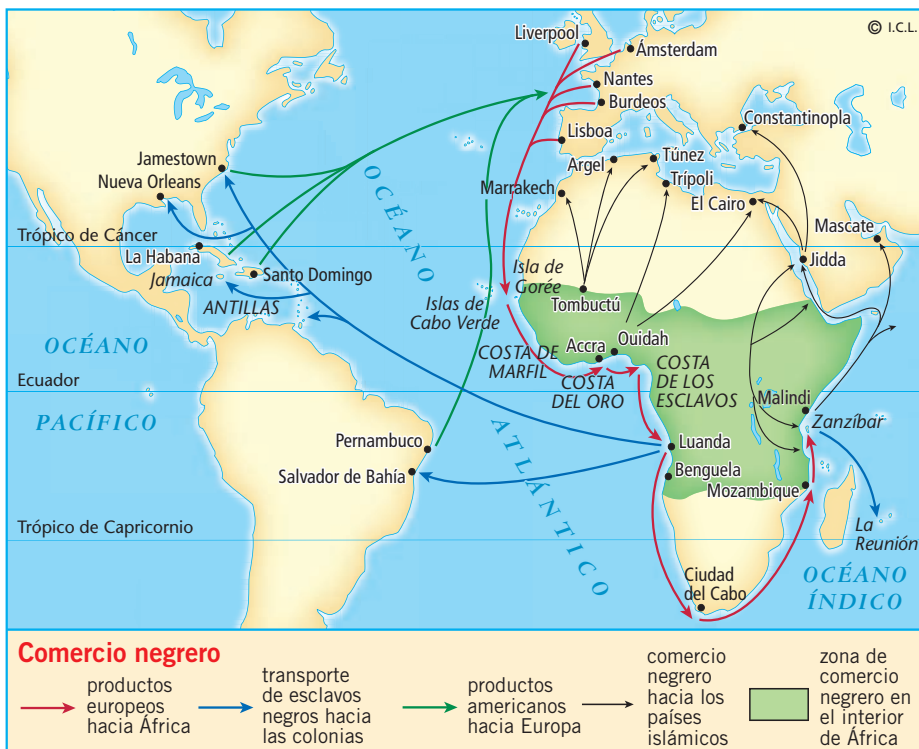
La esclavitud no era algo desconocido para muchos pueblos africanos. El antiguo Imperio egipcio o el romano habían empleado con frecuencia esclavos negros y, siglos después, en todos los países musulmanes floreció el comercio de esclavos provenientes del África negra. En los reinos y las tribus de aquella vasta región las personas eran sometidas a la esclavitud por haber cometido algún delito o por su condición de prisioneros de guerra; en otras ocasiones, la pobreza y el hambre abocaban a muchos hombres y mujeres a venderse voluntariamente para poder alimentar a su familia. En general, estos esclavos eran bien tratados y recuperaban la libertad al cabo de cierto tiempo. Pero cuando en el siglo xvi los europeos arribaron a la costa occidental de África en busca de mano de obra, el comercio de esclavos se convirtió en un negocio muy lucrativo que incitó a muchas tribus a librar guerras contra sus vecinos con el solo objeto de reducirlos a la esclavitud y venderlos a los blancos. A menudo, los tratantes africanos capturaban a familias enteras, pero vendían a sus miembros por separado, con lo que a la tragedia de perder la libertad se sumaba la constatación de que uno no volvería a ver nunca más a sus seres queridos.

Millones de africanos fueron arrancados de sus hogares para trabajar en América. La travesía atlántica, que duraba entre cuarenta y sesen-



Tras ser marcados al rojo vivo con la señal de sus nuevos propietarios, los esclavos eran desnudados, embarcados en las diversas cubiertas, encadenados entre sí y estibados como sardinas en lata, tal y como reflejan los dibujos de este sobrecogedor grabado. Solo cuando el tiempo era apacible, se les permitía subir a la cubierta principal para desentumecerse y tomar el aire.

ta días, era un auténtico calvario. Los esclavos viajaban hacinados bajo la cubierta del barco, en unos espacios muy estrechos, y tan bajos que los obligaban a permanecer a todas horas en posición horizontal. A veces se pasaban el día entero encadenados, rodeados por el charco maloliente que formaban sus propios vómitos, heces y orines. La humedad y el calor eran extremos, lo que convertía el barco en caldo de cultivo idóneo para enfermedades como la fiebre amarilla, el cólera, la disentería o la viruela. Se calcula que uno de cada siete esclavos moría durante el viaje a América. Cuando los médicos, haciendo de tripas corazón, bajaban a inspeccionar a los enfermos, solían encontrar a hombres que deliraban de fiebre encadenados a otros ya fallecidos. Tanto los muertos como los enfermos graves eran arrojados por la borda sin contemplaciones, lo que dio origen a una leyenda: se decía que, en la estela de cada barco negrero, nadaban decenas de tiburones ansiosos por comerse a los cadáveres lanzados al mar. Era usual que las esclavas fuesen violadas por los marineros, y que a los negros desobedientes les cortasen las orejas. Algunos esclavos, consumidos por la tristeza y la desesperación, se negaban a tomar alimento alguno o se suicidaban arrojándose a las aguas. Otros, más combativos, robaban cuchillos o mosquetes para rebelarse, si bien las sublevaciones casi siempre se saldaban con un rotun-



Durante más de tres siglos, el comercio de esclavos fue un negocio muy lucrativo. En Liverpool, Nantes o Ámsterdam se construían barcos negreros que transportaban a África productos manufacturados (telas, armas, pólvora, bisutería, metales...) para ser intercambiados por esclavos. Tras vender los cautivos en América, las naves eran cargadas con materias primas (azúcar, algodón...) que se exportaban a Europa. Y vuelta a empezar. Era el denominado «Comercio triangular».

do fracaso. Los rebeldes eran ejecutados, inmovilizados con mordazas de hierro o sometidos a largas tandas de latigazos y golpes que, en muchas ocasiones, les rompían los huesos. La trata de esclavos constituyó, en fin, uno de los episodios más vergonzosos y deplorables de la historia de la humanidad. Se estima que, entre los años 1500 y 1850, cuarenta millones de negros fueron apresados y embarcados hacia América. Pero mientras que los blancos emigraban al Nuevo Mundo en busca de una vida mejor y más libre, los negros solo podían esperar la más horrenda de las servidumbres en aquella “Tierra Prometida”.

En Norteamérica, los primeros africanos llegaron a la colonia inglesa de Jamestown (Virginia) en 1619. Se les consideraba “criados ligados por contrato”, lo que significaba que, si trabajaban durante cierto tiempo a las órdenes de sus amos, podrían recobrar su libertad. Sin embargo, a los

pocos años cambió el estatus de los negros en el sur al ser convertidos en “siervos perpetuos”, con lo que la esclavitud devino una institución legal. Los esclavos trabajaban en granjas, como criados de las mansiones o en fábricas, pero, sobre todo, en las plantaciones, recolectando algodón o tabaco. Carecían de derechos: no podían poseer bienes ni escoger pareja para casarse y se les consideraba, a todos los efectos, una propiedad de su amo. Era una situación tan humillante que algunas esclavas, cuando quedaban embarazadas, se provocaban un aborto para no dar a luz a un nuevo esclavo. No obstante, algunos hacendados combinaban el castigo con ocasionales recompensas: por ejemplo, le concedían un día libre al esclavo que se portaba según se esperaba de él. Los negros que servían en casa de sus amos gozaban a veces del privilegio de comer las sobras de la mesa de los señores, dormir en cabañas más dignas que el resto de los esclavos o vestirse con las prendas que el blanco desechaba. Estos esclavos solían volverse particularmente leales y sumisos, y a veces delataban a los que habían decidido huir o sublevarse. Pero, en términos generales, en la mente de los esclavos no existía más que un anhelo: la libertad.



El absoluto servilismo y la ciega adopción de la ideología de los blancos por parte de algunos criados negros son dos rasgos ejemplificados hasta la caricatura por Stephen, el personaje del film «Django desencadenado» (2012), de Tarantino, interpretado magistralmente por Samuel L. Jackson.



Rosa Parks

La lucha contra el racismo

A veces, un pequeño gesto puede cambiar el mundo. Así lo demuestra el caso de Rosa Parks, una humilde costurera negra que nació en el sur de los Estados Unidos en 1913. Rosa creció en un ambiente hostil, en el que ser negro constituía una especie de pecado por el que había que pagar un precio muy alto. Las personas de color, en el sur de los Estados Unidos, no podían estudiar en los mismos colegios que los blancos ni curarse en los mismos hospitales ni beber en las mismas fuentes públicas. En los autobuses, debían ceder el asiento a la gente de piel clara, y en la calle sufrían los ataques del Ku Klux Klan, que apaleaba a los negros e incendiaba sus hogares. Desde niña, Rosa engendró un hondo sentimiento de dolor e indignación frente a la discriminación racial. Un día de 1955, cuando viajaba en autobús, el conductor le exigió que se levantara de su asiento porque debía ocuparlo un blanco. Inesperadamente, Rosa dijo "no", y con ese gesto mínimo reorientó la historia de su país, pues su ejemplo movió a la comunidad negra a reivindicar sus derechos, tantas veces violados. Un nuevo momento histórico, más humano y más justo, estaba a punto de empezar.

Partiendo de una documentación minuciosa, la escritora Paola Capriolo nos relata la conmovedora vida de Rosa Parks, una de las figuras más representativas de la lucha por los derechos civiles. El relato se completa con una vibrante historia de los afroamericanos que abarca desde el momento en que los europeos empezaron a llevar esclavos a América hasta que Barack Obama fue elegido presidente de los Estados Unidos.

